

RESEÑAS

Trabajo social: perspectivas contemporáneas (Título original: *Social work practices: Contemporary perspectives on change*). Karen Healy. Traductor: Pablo Manzano. Madrid: Ediciones Morata, 2001. 211 p.

El texto de Karen Healy, trabajadora social y docente de la Universidad de Sydney, Australia, es una herramienta indispensable para repensar el trabajo social crítico (TSC) y enriquecerlo con los avances teóricos del posestructuralismo,¹ en especial con el aporte de Michel Foucault y las pensadoras feministas radicales Hélène Cixous, Elizabeth Grosz y Moira Gatien, desde una mirada crítica y sin perder de vista la particularidad del trabajo social (TS) y sus prácticas.

El trabajo social crítico: una lectura obligada en tiempos posestructurales

La ciencia social crítica interpreta las experiencias locales, subjetivas e institucionales como producto de la estructura social global y esto se aprehende por medio de las categorías de identidad, poder y cambio. La identidad se deduce de las estructuras y de la ubicación de los individuos en ellas; diversidad de subjetividades comparten identidades y experiencias comunes de opresión que además son fijas y unilaterales. El poder es entendido en términos de conflicto y se ubica en medio de la lucha dialéctica entre grupos sociales opuestos. Finalmente, el cambio es el resultado del movimiento dialéctico de la historia que tiende a liberar a los grupos oprimidos.

Desde esta postura crítica, se invita a una comprensión racional de la conflictividad histórica de la realidad para poder transformarla. Por ello la relación dialéctica entre razón y acción es vital para que los profesionales

¹ Las teorías pos se refieren al amplio conjunto de proyectos teóricos desarrollados en las ciencias sociales y humanas en el siglo XX, que cuestionan el fracaso de los discursos sociales y políticos contemporáneos para aceptar el poder constitutivo del lenguaje (p. 17).

de las ciencias sociales movilizan a los oprimidos en la transformación de las estructuras sociales.

El distanciamiento evidente entre teoría crítica y práctica ha sido explicado por los activistas como producto de las condiciones subjetivas tanto de los profesionales como de los usuarios, que inhibe su compromiso con el cambio; además se afirma que las condiciones sociales estructurales limitan y coartan el papel del trabajo social, haciéndolo funcional al control social.

Desde la visión crítica, tres elementos fundamentan la oposición al llamado trabajo social ortodoxo (TSO); por un lado, el enfoque individualista, que culpa al cliente de sus problemáticas; la desigualdad entre TS y usuario, al pertenecer a clases sociales distintas que perpetúan esta dinámica de desigualdad; y el profesionalismo, en el que prepondera el saber técnico sobre el saber de la experiencia cotidiana.

En este sentido, el TSC se centra en el análisis de las estructuras sociales y la opresión, adelanta prácticas tendientes a la igualdad, la supresión del poder del trabajador social y a resaltar las voces que no son escuchadas. La práctica crítica se caracteriza por posibilitar que los usuarios reconozcan y cuestionen las estructuras de opresión por medio de un proceso de concienciación, y que se visibilicen identidades colectivas y se generen acciones para transformar las estructuras desde los oprimidos.

El profesional del TSC solo desenmascara realidades, propicia la generación de identidad y facilita el desarrollo de capacidades y acciones colectivas. Para ello debe reconocer su posición contradictoria en la estructura social y hacer caso omiso a su identidad

de clase: “el trabajador liberador debe cometer un suicidio de clase”.²

Para ello se utilizan estrategias como disminuir las diferencias entre TS y usuarios, incluso en las apariencias físicas; se insiste en revalorar los conocimientos cotidianos de los participantes y se resalta continuamente que el compromiso es con los usuarios, antes que con las instituciones, incluso creando espacios para que el usuario cuestione el trabajo del profesional.

El trabajo social crítico a la luz del posestructuralismo

El posestructuralismo de Foucault y de las feministas radicales posestructuralistas relativiza y diversifica los conceptos de identidad, poder y cambio. El poder, señala Foucault, puede entenderse desde tres enunciados: en primer lugar es una relación ligada al saber, se ejerce, no se posee, es decir que actúa por medio de los individuos y no sobre ellos; sin embargo, las condiciones históricas y contextuales ubican a los individuos de forma diferente dentro del mismo. En segunda instancia, no es puramente represivo, pues también tiene un carácter productivo; por medio de la relación de poder se puede generar saber, discursos y producir experiencias. Finalmente, el poder se debe analizar de abajo hacia arriba, pues los ejercicios locales de poder facilitan los fenómenos estructurales; es así como lo cotidiano mantiene y puede cuestionar las estructuras.

Las identidades, aunque se prefiere hablar de subjetividades, son inestables y contradictorias, se moldean con los discursos de cada contexto, los pensamientos y sentimientos conscientes e inconscientes de cada persona. Aunque dentro de la teoría posestructural se reconoce que políticamente son necesarias las identificaciones, éstas sólo pueden ser provisionales, incompletas y cuestionadas permanentemente. Las feministas agregan que en el cuerpo se da un encuentro biológico y cultural relacionado con discursos, saberes y poderes, y por tanto las identidades no son inmutables ni generalizables.

² HEALY, Karen. *Trabajo social: perspectivas contemporáneas*. Madrid: Ediciones Morata, 2001, p. 52.

En cuanto al cambio, el posestructuralismo cuestiona la propuesta de la modernidad —compartida por el TSC— de una línea única y predeterminada de consecución del progreso, construida desde la razón y la acción. Afirma en cambio que, en vez de buscar planes de transformación universales, se identifiquen los recursos, iniciativas y aspiraciones locales para construir el cambio.

Las teorías posestructurales aseguran que la realidad se conoce por medio del lenguaje; los significados se construyen por medio de los discursos como productos históricos y contextuales. Estos discursos posicionan ciertas verdades sobre otras, de lo que se deduce que no existen definiciones absolutas o esenciales como el “trabajo social” sino que éstas se edifican según el contexto local donde se desarrolla su práctica; ni siquiera se puede afirmar que existe una identidad homogénea entre los mismos trabajadores sociales o entre los usuarios, ni tampoco diferencias absolutas entre ellos.

Las críticas elaboradas a la modernidad y a las teorías críticas a partir de las teorías pos se centran en deconstruir sus afirmaciones de verdad, las cuales se han establecido desde oposiciones. El movimiento posestructuralista intenta reevaluarlas para mostrar que dentro de cada una de las categorías supuestamente opuestas existen puntos en común y que incluso dentro de ellas hay diversidad de matices; este tipo de oposiciones artificiales jerarquizan las categorías, devaluando uno de los dos términos en oposición. Al reconstruir estas oposiciones, como por ejemplo TSO/TSC o profesional/usuario, se puede diversificar la mirada sobre lo que es una práctica crítica y sobre la identidad de los actores implicados.

Así mismo, advierte que la concepción del poder de la teoría crítica genera una *política de resentimiento*, que limita la acción política y de cambio a la voluntad o destrucción del poderoso, y no permite pensar en la cotidianidad y en las relaciones de poder que allí se expresan, como espacios de transformación.

Según esta corriente teórica, es necesario replantear el principio de racionalidad de la acción propuesto por

la modernidad y tener presente la irracionalidad, la complejidad y la incertidumbre de las prácticas locales; solo así se puede “descubrir lo que es y lo que puede ser el trabajo social”.³

Respuestas del trabajo social crítico a las teorías posestructurales

Frente a las teorías ‘pos’, los TSC han dado diversas respuestas, que la autora resume en tres posturas: la primera es un rechazo tajante a estas teorías por considerarlas regresivas y desestabilizantes; la segunda, más flexible, acepta los aspectos que refuerzan las teorías críticas, y por último están quienes las admiten como una mirada crítica que permite diversificar y relativizar.

Los primeros argumentan que con las posturas pos basadas en el lenguaje se pueden perder de vista las condiciones materiales de injusticia; al enfocarse en las relaciones micro del poder, se pierde la base de una lucha política estructural en donde se mantienen las desigualdades, la opresión y el reconocimiento de la diversidad de lo local, y la relativización hace que se caiga en la aceptación acrítica de las diferencias.

Quienes encuentran en las teorías pos una herramienta para fortalecer la práctica crítica consideran que éstas permiten reconocer, desde la teoría de la microfísica del poder, que las prácticas fomentadas por el TSC también conllevan a relaciones de poder, y que es necesario reconocerlas para utilizarlas de acuerdo con la intencionalidad política del profesional. Además reconocen que la *política de resentimiento* y la concepción determinista del poder proclamada por el TSC invisibilizan la capacidad de los usuarios de ejercer poder, convirtiendo la práctica del profesional en paternalista y autoritaria. Concluyen, además, que el análisis estructural permite comprender la desigualdad social, pero no las formas de desestabilizar las estructuras desde lo micro, donde interviene la mayor parte de profesionales, ni definir pautas específicas de acción.

³ *Ibid.*, p. 71.

Aportes de la teoría ‘pos’ al trabajo social crítico

Finalmente, teniendo presente las exigencias de la práctica profesional del TSC, se pueden asumir algunos elementos de las teorías pos para el análisis del poder, la identidad y el cambio, esencial para diversificar las perspectivas del TSC.

Una de las principales afirmaciones que se puede plantear con base en las teorías ‘pos’ es que, si se considera que el poder es omnipresente y puede ser represivo o productivo, se puede afirmar que el saber/poder del profesional permite apagar o fortalecer las voces subordinadas. Aunque en ciertos contextos del trabajo social es inevitable la utilización del poder, es posible ejercerlo de una manera justa, reflexiva e intencional. La práctica crítica lleva de por sí al ejercicio del poder, lo que se invisibiliza al pensar que éste sólo se expresa en el autoritarismo, pero si se reconoce que el poder, utilizado de una forma distinta, genera colectividades, concentra el trabajo colectivo en los objetivos a conseguir e impulsa a los participantes para que se apropien del cambio, se comprende entonces que el poder es necesario para transferir el poder.

Por otra parte no se puede continuar generalizando frente al poder que representan los profesionales, pues en el caso del trabajo social existe una infravaloración de su saber dentro de las ciencias sociales y los mismos usuarios. Además, el hecho de que sea una profesión en su mayoría femenina conlleva a relativizar ese supuesto poder, y se hace evidente que el cuerpo, otros saberes y experiencias compartidas con quienes se trabaja condicionan o fortalecen el poder del profesional.

La diversidad de los profesionales y sus particularidades vinculadas muchas veces a identidades vulnerables, como ser mujer o ser de una raza distinta a la dominante, no se han tenido en cuenta en los análisis críticos, ni lo que significa para otros profesionales poseer estas características culturalmente dominantes, aun cuando quieren suprimir sus diferencias con los usuarios. La diversidad es entonces lo que caracteriza a los profesio-

nales y a los contextos donde desarrollan su práctica, por tanto, todo intento de homogenizar resulta artificial.

Del mismo modo se hace necesario reevaluar el concepto de usuario impotente. Las teorías pos relativizan la categoría de víctima, pues es necesario que se observen los efectos múltiples del poder y la capacidad de los usuarios de ejercerlo. Como lo mostró el proyecto de madres jóvenes,⁴ las participantes activaron aparatos disciplinarios entre ellas mismas, marginaron alternativas de cambio e incluso cuestionaron el poder de las profesionales. “Las prácticas activistas pueden favorecer unos procesos a través de los cuales se otorga un perfil romántico a los oprimidos y se les constituye en objetos de interés en vez de situarlos como interlocutores en los procesos de transformación”.⁵

Los “oprimidos” son también autores y sujetos de poder; incluso prácticas y discursos que generalmente se consideran opresivos pueden ser convertidos por los sujetos en destrezas y en recursos para la resistencia y el cambio.

Por otra parte, desde el proyecto con madres jóvenes citado por la autora, se cuestiona la identidad fomentada en el proceso y basada en el género, puesto que las experiencias de violencia y opresión eran distintas y, por tanto, al tratar de generalizarlas se excluían otras vivencias igualmente importantes.

Otro de los aprendizajes del mencionado proyecto es que la identidad puede incluso generarse entre sujetos de categorías tradicionalmente opuestas, como la que se forjó entre las trabajadoras sociales y las usuarias, al compartir experiencias como mujeres y madres. Lo que significa que en el análisis y en la práctica, los trabajadores sociales deben tener presente las parti-

⁴ El proyecto con madres jóvenes, víctimas de la violencia, es la base práctica sobre la que la autora realiza su análisis de los postulados del TSC y las teorías posestructurales. En el mencionado proyecto, Karen Healy interviene como profesional e investigadora, resaltando la importancia de rescatar la relación dialéctica entre teoría y práctica.

⁵ HEALY, Karen, *op. cit.*, p. 153.

cularidades del contexto y no forzar los procesos para encuadrarlos dentro de categorías inmutables.

Por otro lado, Healy señala que la idealización de las prácticas críticas de la profesión, en las que se aboga por el igualitarismo, está cerrando la posibilidad de ejercer el TSC en la mayor parte de los escenarios donde esta profesión tiene acogida laboral. Al exigirse el cumplimiento de parámetros universales que definen al TSC, solo se consigue reprochar a los profesionales por su poco compromiso, ante la imposibilidad de llevarlos a su cotidianidad, y devaluar su accionar, sin que ni siquiera éste sea analizado.

Así mismo, vale la pena revisar los procesos que la teoría crítica plantea como herramientas para generar el cambio; uno de ellos es el proceso de concienciación que, si no se lleva a cabo de manera cuidadosa y reflexiva, puede imponer verdades, si bien críticas, igualmente ortodoxas. Además, con el ejemplo del proyecto de mujeres, la autora demuestra que el supuesto del participante no consciente debe ser cuestionado, puesto que muchas de las participantes demostraron poseer conocimientos críticos sobre su realidad y relacionaban algunas de sus problemáticas con condiciones estructurales. De esta forma se hace nuevamente un llamado a anteponer el contexto a la teoría.

La relación entre teoría y práctica debe ajustarse al contexto donde se trabaja y permitirle al profesional definir los límites de la teoría crítica en su práctica. La concepción de verdad absoluta en esta teoría, no permite a la práctica retroalimentar a la teoría, y aunque no se trata de validar cualquier tipo de activismo, sí se deben evaluar las teorías críticas y apostarle a construir nuevas, de tal forma que no se plantee una forma única de trabajo social ni de activismo, sino que, sin abandonar las perspectivas críticas, la práctica y la teoría se ligen en el contexto.

Otro punto sobre el que es necesario reflexionar es la percepción con respecto a instituciones como el Estado y los medios de comunicación, a los cuales se les considera aparatos ideológicos y represivos. En

el proyecto de madres jóvenes se evidenció que aunque estas instituciones tienen un carácter opresivo y vigilante, no son homogéneas y desde allí también se pudieron utilizar espacios para generar el cambio.

Las explicaciones totalizantes de las teorías críticas tienden a ignorar otras prácticas o propuestas alternativas porque al pensarse sólo en los cambios estructurales se devalúan las acciones de resistencia locales tanto de los profesionales como las que son protagonizadas por los demás actores sociales. Si bien la concepción del cambio no se puede quedar en lo micro ni en lo macro, tampoco puede mantenerse en lo meramente racional. Es indispensable que abra las puertas a nuevas alternativas de pensar el cambio y de prácticas para llegar a él: “la adopción de la diversidad no implica necesariamente el fin de la política emancipadora de masa pero le imprime un giro más exploratorio y pragmático”.⁶

Conclusiones

Karen Healy advierte que es necesario ser precavidos frente a las teorías ‘pos’, pues aunque son muy útiles para diversificar y visibilizar alternativas, hay aspectos de ellas que no deben llevarse al extremo, como por ejemplo el relacionado con la sobrevaloración del lenguaje y lo simbólico porque puede ocultar las realidades y las conflictividades materiales. Además, es importante no dejar de lado categorías como clase social, género y raza, que son herramientas analíticas indispensables para comprender y transformar la realidad social.

Otro aspecto importante es que la teoría ‘pos’ del poder puede ocultar las formas fijas y dominadoras del mismo, a las que no es posible resistir aisladamente. “Tan peligroso es decir que nunca se es víctima como afirmar que siempre se es”.⁷ En relación con este punto, y para no caer en la *política de resentimiento* —en la que se le obliga al oprimido a permanecer al margen y a hablar desde su posición de víctima—, se deben abrir y generar procesos que los posibiliten para

⁶ *Ibid.*, p. 175.

⁷ *Ibid.*, p. 179.

participar en el orden existente, a exigir y transformar desde allí.

Las identidades colectivas son necesarias como estrategias políticas, pues si no se colocan límites a la diversidad, no se generan propuestas que trasciendan la experiencia individual, pero, como ya se ha dicho, estas identidades no son fijas ni estables. En todo caso, los límites a la diferencia deben establecerse desde la ética, pues abrirse ciegamente a la diversidad puede legitimar formas de dominación.

Finalmente, desde la teoría posestructural se invita a reflexionar sobre el hecho de que es en los contextos micro donde está ubicado el trabajo social. Por ello es preciso diversificar y extender el concepto de cambio social y de práctica crítica, sin que esto signifique desconectarse de la búsqueda de la transformación de la totalidad. Por ello exhorta a los trabajadores sociales a que investiguen desde su práctica y definan desde allí qué es ser un trabajador social crítico en esa particularidad contextual.

Trabajo social: perspectivas contemporáneas es un texto de lectura obligatoria para los profesionales en formación que deseen asumir un compromiso crítico con la transformación social desde los espacios en los que se ejerce la profesión. En la academia se generan infinidad de expectativas sobre lo que es trabajo social y el papel que debe asumir en el marco de la utopía emancipadora. Por ello, cuando se sale al campo de práctica, se espera, con un imaginario casi mesiánico, que el ejercicio profesional se distancie del llamado trabajo social ortodoxo y es luego, en el choque con la realidad, cuando queda *en veremos* una práctica crítica. De allí que el texto de Karen Healy sea de vital importancia para matizar lo que es y debe ser el trabajo social, no sólo desde el contexto latinoamericano, sino incluso desde la misma cotidianidad.

Sandra M. Veloza Morales
Estudiante de VIII semestre
Departamento de Trabajo Social
Universidad Nacional de Colombia